

## Ariel o la vida de Shelley

(Continuación)



L bajar, Harriet advirtió que el viento violento levantábale las faldas y que Hogg, a hurtadillas, mirábale los tobillos con interés. Sentóse de nuevo declarando que se estaría ahí hasta que el viento cambiara. Hogg, muerto de hambre, elevó sus protestas y continuó sólo. Ella lo siguió corriendo. Así comenzaron algunas semanas de una vida deliciosa.

Sólo la cuestión dinero se ponía inquietante, pero el bravo tío Piffold les hacía frecuentes regalos. «Enfurecerse contra su hijo se comprende, pero matarlo de hambre ya es otra cosa». Por lo demás Hogg poseía algunas libras, aún cuando Mr. Timothy había escrito a su padre: «Creo de mi deber preveniros que mi joven se ha fugado con una muchacha y que vuestro joven ha ido a reunirseles».

Todas las mañanas Shelley salía a buscar sus cartas, en número prodigioso. Después de almuerzo, escribía o trabajaba en una traducción de Buffon. Harriet y Hogg se marchaban de paseo. Si había mal tiempo, Harriet leía en voz alta a Hogg. Le gustaba mucho leer y lo hacía bien, con nitidez de pronunciación. Hogg oyó así una buena parte del Telémaco, sin quejarse. Shelley, menos político, solía dormirse.

Era en 1811, el año del cometa.

### X

Como las vacaciones de Hogg terminaban, Shelley y Harriet, que no tenían nada que hacer en Edinburgo, ni en ninguna otra parte, resolvieron seguirlo a York. Combinaron un plan de vida muy simple. Estarían en York con su inseparable amigo hasta el fin de su aprendizaje y luego se irían los tres a Londres, donde pasarían el resto de sus días escribiendo y leyendo en alta voz.

Para no fatigar demasiado a Harriet, alquilaron un coche de posta. A ambos lados del camino alternaban los monótonos campos de cebada y betarragas.

—¿Cuál es la cebada? ¿Cuál es la betarraga?—preguntaba Harriet.

—¡Oh niña de la ciudad!—respondía Shelley indignado.

Para entretenerse durante el viaje, Harriet seguía leyendo en voz alta el Telémaco, Shelley suspiraba:

—Harriet querida ¿es indispensable leerlo todo?

—Sí, naturalmente.

—¿No te puedes saltar nada?

—Nó, imposible.



Al primer relevo, Shelley desapareció. Siempre había poseído el sorprendente poder de desvanecerse en los aires, como un Elfo, Hogg lo halló al fin a orillas del mar. Miraba el sol poniente con aire melancólico.

York le disgustó vivamente, en el acto. La grandeza teológica de la vieja capital del Norte no lo emocionaba. No encontraron sino piezas miserables por alojamiento. «No podremos quedarnos aquí» declaró Shelley.

Pero para partir se necesitaba dinero. Resolvió ir a Cuckfield a ver al capitán Pilfodl, protector de los buenos. De pasada visitaría a Miss Hitchener y acaso la decidiera a acompañarlos a York; en Londres se llevaría a Eliza y de este modo, por vez primera, se reunirían todas las hermanas espirituales de Shelley.

Tomó, pues, la diligencia, y Harriet quedó sola con Hogg.

Situación extraña y deliciosa. En aquella ciudad desconocida sentíanse tan libres como en una isla desierta y Harriet hallaba un placer infantil en representar el papel de esposa con un compañero tan joven y divertido. El tono sarcástico de Hogg la entretenía mucho, por contraste con la ardiente gravedad, por otra parte, muy admirada de ella, de su marido. Hogg le dirigía mil cumplimientos y ella no los encontraba tan ridículos. Percy era siempre un poco «el profesor»; le había enseñado cuanto sabía; corregíala gravemente; reconocía su talento. Hogg, al contrario, lo admiraba todo en ella, sus vestidos, sus peinados, sus zapatos. Escuchaba la lectura del *Telémaco* con atención ejemplar, elogiando la bella voz de la lectora, y siempre estaba de buen humor.

El estado de alma de Hogg era diverso y mucho menos puro. Viviendo el día entero con aquella muchacha, a quien acaso la familia Westbroock no enseñó la debida reserva, se enamoró rápidamente de ella y la deseó con energía. Al principio se condenó a sí mismo y se dijo que la mujer de su amigo debía serle sagrada; pero la inteligencia es un buen abogado y la suya se puso luego al servicio de sus instintos.

«¿Tengo la culpa—decíase—si Shelley la echa en mis brazos? ¿Qué idea suya de ponerse el día entero a escribir cartas sobre la virtud teniendo en casa a semejante maravilla? Porque es encantadora. Cuando pasa por las calles de York, hasta los más puritanos se vuelven para mirarla...¿Y la ama Shelley, siquiera? La trata con una protección bastante desdeñosa; y no le falta razón. ¿Quién es Harriet? La hija de un fabernero...»

Desde que conocía a Shelley, dos sentimientos contradictorios se disputaban su corazón. Admiraba el valor moral, la franqueza de su amigo, su lealtad ardiente. Reconocía en aquella alma un diamante puro y único; pero al mismo tiempo su mirada de ironista no podía menos de sonreír ante el espectáculo de tantas vehementes declamaciones y de esa actividad febril que se movía en el vacío. Había sido en Oxford como un Sancho humanista y burlón junto a ese don Quijote de cabellos rubios. Durante los primeros tiempos de su amistad, hasta el encuentro en Edimburgo, la admiración vencía a la ironía. Ahora, impulsada por una pasión cómplice, la burla tomaba visiblemente la delantera.

El primer día de ausencia de Shelley, invitó a Harriet a pasear junto al río.



Mirábala con arrebatos y le decía mil locuras. Ella hablaba de su esposo, cuya vuelta esperaba impaciente, tanto para volverlo a ver, como porque le traería a su hermana.

—Eliza es muy bella; Ud. la verá; tiene los cabellos negros; es muy inteligente. Ella es la que me ha aconsejado siempre en los momentos difíciles.

—¿Entonces Ud. ha tenido momentos difíciles?

Harriet contó sus penas de colegio, su matrimonio y quedó silenciosa, como recordando. De pronto, preguntó:

—¿Qué piensa Ud. del suicidio? ¿No ha pensado nunca en matarse?

—Jamás. Y Ud. tampoco, supongo.

—Yo sí, muy amenudo. Aun en el colegio solía levantarme con la intención de tomar veneno. Miraba por la ventana...Decía adiós a la luna, a las estrellas, a las compañeras dormidas...Y luego volvía a costarme y me dormía.

Continuaron su paseo haciéndose confidencias y volvieron a la casa para tomar té, ceremonia durante la cual Hogg se ponía muy gracioso. Luego Harriet propuso leer en voz alta. Hogg no supo nunca lo que ella había leído aquella vez.

Al otro día le dijo que la amaba con locura. Harriet se emocionó y se indignó mucho. Y para una niña de 16 años se defendió bastante bien. Habló de Shelley y de la virtud:

—¿No ve Ud. el horror de su conducta? Percy me ha confiado a su protección y Ud. abusa... Pero estoy segura de que ya se habrá curado Ud... Le suplico no me diga ni una palabra más... Aun, para no entristecerlo, no le diré nada a Shelley...

Hablaba con animación. Las declaraciones son las batallas de las mujeres bonitas y el buen soldado no detesta el combate. La valiente Harriet quedó victoriosa y Hogg prometió enmendarse.

En la noche, al volver de su oficina, vió, sentada en el diván, junto a Harriet, a una mujer grande, de cabellos ala de cuervo, tez pálida, aspecto duro:

—Hogg—dijo Harriet—es Eliza... Acaba de llegar... Es gentil ¿verdad? Eliza, te presento a Hogg, nuestro grande amigo.

Eliza inclinó secamente la cabeza.

—Creí que Ud. vendría con Shelley—dijo Hogg.

—Oh! dear, no!—repuso ella. Y continuó hablando con Harriet, sin preocuparse del otro.

Hogg no estaba acostumbrado a que lo trataran así. ¿Esta es Eliza?—pensó. —La encuentro horrible y vulgar. Y viene a interrumpir nuestra intimidad... Tal vez sea mejor... Pero me fastidia.

—Harriet, querida—dijo en alta voz—¿no tomaremos té hoy? ¿Ud. no toma té, miss Westbrook?—añadió.

—Oh! dear, no,—repuso Eliza.

—¿Y Ud., Harriet?

—Yo tampoco.

Hogg, resignado, preparó su té y se lo bebió solo.

Desde ese instante, la casa se le hizo antipática. Eliza mandaba. Acostum-



brada a dirigir a Harriet, no toleraba que le hablaran. Comenzó por criticar severamente la conducta de Shelley.

—¿Entonces, si yo no llego, te quedabas sola con ese joven? ¡Es inconcebible! ¡Justo cielo! ¿Qué habría dicho miss Werne? ¿Y ese joven te llama Harriet querida? ¿Y tú lo toleras?

Hogg propuso un paseo.

—No lo piense Ud.—repuso Eliza.—Harriet está muy fatigada.

—¿Harriet fatigada?

—Sí y con los nervios muy malos.

Si Harriet quería leer su *Telémaco*.

—¿Leer en alta voz Harriet? ¿Y tus pobres nervios? ¡Justo cielo! ¿Qué diría miss Werne?

—Pero ¿quién diablo es miss Werne?—preguntó Hogg en secreto a Harriet, aprovechando una ausencia de Eliza.

—La grande amiga de mi hermana. Consultamos mucho su opinión.

—¿Por qué? ¿Es una persona muy notable?

—No: es hija de un dueño de bar, como nosotras.

Hogg levantó los ojos al cielo.

—¿Y qué hace Eliza en su pieza? ¿Lee?

—No.

Inclinóse misteriosamente a su oído y añadió:

—Se peina.

—Entonces, salgamos.

Harriet rehusó, al principio; pero como el peinado prolongábase, consintió en acompañar a Hogg algunos minutos.

Después de su primera tentativa, hábale cumplido la promesa de respetarla y ella sentíase a un tiempo tranquila y decepcionada. Segura de su fuerza de resistencia virtuosa, le habría gustado probarla. En el puente, Hogg la detuvo. La corriente del río arrastraba rápidamente toda clase de desperdicios.

—Harriet querida, ¿no encuentra Ud. que Eliza iría muy bien río abajo? Flotaría con sus cabellos negros como ese trozo de madera quemada... ¡Oh! justo cielo ¿qué diría miss Werne?

Harriet se hechó a reír.

—¡Qué linda risa tiene... tan sana, tan alegre, mi querida Harriet!

La valerosa muchacha sintió aproximarse el combate.

## XI

Shelley volvió al día siguiente. Todo le había fracasado. M. Timothy no lo recibió; por motivos diversos que su hijo consideraba también la ceremonia del matrimonio como el gran crimen.

—Con gusto—declaró al capitán Pildolf—habría contribuido al mantenimiento de hijos naturales. ¡Pero casarse! No me hable más.

Aterrada ante las calumnias posibles, miss Hitchener rehusó acompañar a



Shelley, que en Londres supo la partida de Eliza. Regresó a York en busca de paz.

Y desde su llegada sintió en la familia un aire de embarazo. Eliza, encerrada en su dormitorio, se peinaba los cabellos todo el día. Hogg y Harriet, en vez de dirigirse bromas junto a la mesa del té, sentábanse lejos el uno del otro y ella le dirigía la palabra con un tono seco, lleno de misterio.

—Querida Harriet—dijo Shelley—no me gusta la actitud que tomas con Hogg. Es nuestro mejor amigo. Yo lo miro como un hermano.

Harriet suspiró.

—Bonito hermano—dijo, significativamente.

Shelley, sorprendido, pidió explicaciones.

—Se me ha declarado dos veces—confesó ella.—La primera vez me aseguró que me amaba locamente... Yo traté de echarlo a la broma... Lo hice callar. Creí que el asunto habría terminado; pero ayer volvió a empezar. Me dijo que no podía vivir sin mí y que se mataría si no era suya.

Shelley se quedó helado. Una extraña sensación de muerte súbita le paralizaba el corazón.

—Hogg. Hogg ha hecho eso... ¿Y tú?

—¡Oh! Yo le he dicho todo lo que debía decirle... que traicionaba su amistad, que me parecía indigno, espantoso. «Nada de eso importa cuando se ama», respondió. Eso está bueno para Shelley, espíritu frío; pero no para mí, que la amo con locura. Por lo demás ¿qué mal le haríamos? No lo sabría nunca. ¿Y le importaría tanto como cree?

—¡Dijo eso!

—Y muchas otras cosas... Que tú mezclabas tus razonamientos en todo, que eras ardiente para las quimeras y gracioso para los sentimientos, los únicos que valen en la vida. Yo le contesté lo mejor que pude.

Shelley se había dejado caer sobre un diván. Parecía que un velo gris se tendía sobre el mundo. Un vértigo moral le arrebató en torbellino las ideas.

—Que Hogg haya tratado de seducir a mi mujer aprovechando mi ausencia... Abrazó a Harriet y partió en busca de su amigo.

—Es necesario que discutamos—pensaba.

Lo encontró y lo invitó a dar un paseo fuera de la ciudad. Hogg esperaba una escena. No negó nada.

—Sí, es cierto... Amé a Harriet desde el primer instante que la ví en Edimburgo. ¿Qué culpa tengo? Yo soy así: las mujeres bonitas me trastornan. Y Harriet me parece admirablemente bella... Te lo repito: la amé inmediatamente.

—Eso no es amor, es deseo. Es un instinto vulgar. No es esa pasión noble que eleva al hombre por encima de los animales. Piensa, Hogg: el amor supone el olvido de sí mismo y el ansia de buscar la dicha del objeto amado: tú no puedes sino causar la desdicha de Harriet... Luego tu sentimiento no es amor: es, por el contrario, egoísmo...

—Llámalo como quieras: no importa la palabra. Es una pasión terrible. Habría tratado de resistirla si no la hubiera sentido invencible.



—No hay pasiones invencibles. La voluntad puede dominarlas a todas. Si hubieras pensado en mí... Te aseguro que me siento más viejo después de esta revelación que si hubieran transcurrido veinte años de miseria. Siento el corazón marchito, golpeado. Y la pobre Harriet...

Hogg estaba pálido, decaído, avergonzado. Amaba a Shelley y pensaba:— Ninguna mujer vale el sacrificio de semejante amigo.

Y en voz alta:

—Lamento lo sucedido, Shelley: trataré de olvidar. Te pido perdón.

—No siento ninguna cólera contra ti: odio tu culpa, no tu persona. Espero que mirarás pronto tu error con tanta repugnancia como yo. Ese día ya no serás responsable. El hombre arrepentido no es el mismo hombre culpable. Y no seré yo ciertamente quien reproche a tu yo purificado los errores de tu yo desaparecido.

Sentíase tan feliz de haber dominado su cólera y sus celos, y de haber encontrado para Hogg el camino de la salvación, que casi había olvidado la ofensa.

Pero las mujeres son menos indulgentes. Cuando Shelley volvió y contó el perdón del culpable:

—¡Qué!—exclamó Eliza. ¿Pretendes vivir siempre con ese hombre? ¡Justo cielo! ¿Cómo se le pondrían los nervios a la pobre Harriet?

Al día siguiente, cuando Hogg regresó de la oficina, encontró la casa vacía.

## XII

Para consolarse de la amargura que le produjo su amigo Hogg, Shelley trató primero, inútilmente, de reconciliarse con su padre y emigró después a Irlanda, por cuya emancipación se apasionó, emprendiendo una cruzada en Dublín. Desengañóse luego y fué a establecerse en las cercanías de Londres, con su mujer y Eliza. Allí resolvió escribir a Godwin, el gran Godwin, autor de «Political Justice», el enemigo de la divinidad, del matrimonio y de todas las leyes sociales, su maestro y su modelo. Admitido en su presencia, hallóse un buen hombre, vuelto a casar con una viuda y que educaba penosamente a cinco hijos.

• • •

Shelley y su mujer acudieron emocionados a la invitación de Godwin. ¿Como los recibiría? A Miss Hitchener, en igual circunstancia, le había ido mal; lo que, por otra parte, acaso probaba solamente la perspicacia de Godwin. Encontraron a la familia reunida, esperándolos impaciente. Estában el filósofo, pequeño, gordo, calvo, inteligente, con ese aire de pastor metodista que caracteriza a los teorizantes de la Revolución. La segunda Mrs. Godwin vestía de seda negra y se puso anteojos verdes, el tiempo necesario para ver bien al nieto del baronet y su linda esposa. Había además Fanny Imlay, melancólica y dulce, Jane Clairmont, bonita, de tipo italiano, morena de tez y chispiante de ingenio.

—La única que falta—dijo Godwin—es mi hija Mary, que está en Escocia. Luego hablaron de las relaciones entre el espíritu y la materia, de la situación



del clero, de la literatura alemana. Las mujeres oían con admiración. Harriet encontró que Godwin se parecía a Sócrates.

• • •

Una grande intimidad se estableció pronto entre los Shelley y los Godwin. Se visitaban con frecuencia y se invitaban a comer. El 5 de Noviembre, en la noche, mientras se conmemoraba en toda Inglaterra la Conspiración de la Pólvora, Shelley con su esposa se hallaban en casa de los Godwin y oyeron estallar los petardos de los fuegos artificiales. Inmediatamente las palabras de su venerado amigo perdieron el interés para el joven filósofo. Recordaba sus experimentos de Field Place y cuando el pequeño William Godwin se levantó para salir a la fiesta, después de vacilar un poco resolvió acompañarlo.

El muchacho, que tenía nueve años, lo llevó adonde su amigo y vecino Newton, con el cual jugaron como buenos camaradas. Encantados, visitaron después a Mr. Mrs. Newton. Shelley los halló deliciosos, embarcándose en el acto con el caballero en una conversación sabia, libre y agradable. Mr. Newton estaba hecho para agradar a Shelley, era un hombre de teorías y las aplicaba. Su idea favorita consistía en que los seres humanos, al dejar las regiones cálidas y subir hacia el Norte, habían adoptado costumbres anti-naturales, de donde proceden todas sus calamidades. Una de esas malas costumbres era la de vestirse, y Mr. Newton obligaba a sus hijos a andar completamente desnudos en la casa.

Otra era la de comer carne y la familia observaba régimen vegetariano. Nada podía entusiasmar más a Shelley. Mr. Newton discurría admirablemente:

—El hombre no se parece a ningún carnívoro; carece de garras para retener su presa, los dientes sólo le sirven para masticar legumbre y frutas. En cuanto prueba la carne envenenada se enferma. De ahí viene la historia de Prometeo, que es sin duda un mito vegetariano. Prometeo, es decir la humanidad, inventa el fuego y la cocina; inmediatamente un buitre le roe las entrañas. Ese buitre es la hepatitis. Nada más claro.

Desde que la familia Newton se alimentaba de vegetales no necesitaba drogas ni médicos; los niños se criaban sanos y Shelley, que encontraba con frecuencia a las muchachitas desnudas, las consideraba perfectos modelos para un escultor.

Se hizo grande amigo de la casa. En cuanto lo oían hablar, cinco niños desnudos corrían por las escaleras a su encuentro y se lo llevaban a la nursery.

Por lo demás, aquella familia republicana miraba con curiosidad y respeto al joven aristócrata, heredero de una inmensa fortuna y tan desdeñoso del dinero.

### XIII

Después de un año de estudiar en York, Hogg, reconciliado con su familia, regresó a Londres. Una noche leía tranquilamente en su pieza, envuelto en una espesa bata, sentado en un buen sillón, junto a una mesa donde hervía el té,



cuando oyó golpes violentos en la puerta de calle. Luego, la puerta, cerrada con energía, hizo temblar las paredes y evocó en el acto unos ojos ardientes, un cuerpo alto e inclinado...

—Si Shelley fuera aun amigo mío—pensó.

Pasos rápidos en la escalera, los ligeros pasos que oía antaño en los corredores abovedados de Oxford.

—Nadie—pensó Hogg—ha subido nunca la escalera de ese modo.

Se abrió la puerta y apareció Shelley, sin sombrero, la camisa abierta, salvaje, intelectual, siempre parecido a un espíritu celeste que acaba de bajar por equivocación al planeta tierra.

—Supe tu dirección por tu jefe, un viejo loco. ¡Qué trabajo! Me tomaba por un bandido y no quería dármele... ¿Qué te has hecho desde un año? Yo llego de Irlanda... Fui a aconsejarles magnanimidad a los católicos... Luego pasamos por el país de Gales: es admirable... Harriet sigue bien... espera un niño... ¿Has leído a Berkeley? En estos días he estado leyendo a Helvétius... inteligente, pero seco...

Hogg lo contemplaba con la misma admiración afectuosa e irónica de otro tiempo: había que ser Shelley para hablarle de Helvétius después de no verlo durante un año y por semejantes causas. Shelley, animado, feliz, se paseaba por la habitación, abría los libros, preguntaba una cantidad de cosas sin esperar respuesta, parecía haber olvidado por completo la ofensa de Hogg.

Habló hasta más de media noche. Los vecinos de Hogg, por medio de golpes en las paredes, le advertían que la voz clara y aguda les impedía dormir. Hogg, temeroso, sugirió a Shelley la idea de irse. Shelley seguía hablando. Explicó que acababa de abrir una suscripción para terminar un dique con el objeto de quitarle al mar varios centenares de hectáreas de terreno. El mismo había puesto cien libras y consagraría a ese proyecto sus fuerzas, su fortuna, su vida. Hogg lo tomó suavemente por el brazo y lo llevó hacia la puerta; pero Shelley resistía.

—Tus vecinos me fastidian... esas viles criaturas ignoran que las noches son los únicos momentos en que el alma se siente verdaderamente libre...

Hogg consiguió llevarlo hasta la puerta.

—Me voy con la condición de que vayas mañana a comer con nosotros. Harriet tendrá gusto de verte... Tengo que darte excusas por la presencia de una criatura horrible, miss Hitchener; pero nos dejará pronto.

—¿Miss Hitchener? ¿La hermana de tu alma?

—¿Ella? Si... un gusano rampante y despreciable... La llamamos el demonio negro.

Hogg empujó suavemente a su amigo hasta la acera y cerró la puerta.

• • •

Al otro día, a las seis, llegó a casa de Harriet, que lo recibió estrechándole largamente las manos, más rosada y más linda que nunca.

Eliza, silenciosa y altanera en un rincón, no se dignó hablar.



—Pero que bien está Ud.—dijo Hogg.

—Oh! no!—repuso Eliza.

—Nada ha cambiado—pensó Hogg.—Hay que andar con tino.

En ese momento Shelley penetró en la estancia con la rapidez de una flecha y sirvieron la comida.

Después, Eliza murmuró algunas palabras al oído de Harriet, quien invitó a Hogg para el Domingo por la mañana.

—Será la partida del Demonio Negro y su presencia nos prestará un gran servicio. ¿Le ha hablado Shelley de nuestro tormento?

Ante la evocación del Demonio Negro, Eliza manifestó un disgusto mudo.

—Es una mujer horrible—continuó Harriet. Quería enamorar a Shelley; pretendía que ella lo amaba realmente y que yo no servía sino para dirigir la casa. Percy le ha puesto una pensión de cien libras con tal de que se vaya.

Shelley confirmó la noticia. Comprendía el sacrificio de desprenderse de la cuarta parte de su renta; pero la muchacha había perdido su situación y, según decía, su excelente fama y hasta la salud, arruinada por la barbarie de ellos...

—Es en efecto una horrible creatura—agregó.—Superficial, fea, hermafrodita... Nunca me he asombrado tanto de mi mal gusto como después de vivir cuatro meses con ella. ¿Qué sería el infierno si semejante mujer se salvara? ¡Y compone versos! Ha escrito una elegía sobre los derechos de la mujer, que empieza:

Todos, todos son hombres, las mujeres lo mismo que los otros...

Estalló en una risa estridente.

Hogg acudió el día señalado. La heroína le pareció aburridora, pero inofensiva. Grande, huesuda, masculina, tenía la cara negra y no sin algunos pelos de barba. Luego Shelley anunció que necesitaba salir; Harriet descubrióse un violento dolor de cabeza y Hogg estuvo condenado a pasear a los dos Isabeles.

Con una a cada lado dirigióse al Parque de Saint-James. Las dos se atacaban por sobre su cabeza, en frases altaneras. La lánguida Eliza parecía muy animada y le lanzaba pullas terribles, con dulce y serena malignidad. Miss Hitchener afectaba indiferencia y no hablaba sino con Hogg. Disertó sobre los derechos de la mujer. Eliza, que no brillaba en las discusiones teóricas, se vió reducida a un silencio ignominioso. Al volver dijo a Hogg:

—¿Cómo ha podido Ud. hablar tanto con esa mala mujer? ¿Por qué le contestaba? Harriet se enojará mucho cuando lo sepa.

Pero Harriet dijo simplemente:

—¿No está muy fatigado del Demonio Negro?—Y sonrió.

Después de almuerzo, pérfidamente, miss Hitchener habló sobre los derechos de la mujer y desencadenó a la Diosa Razón. Shelley dejó su asiento y acercósele a discutir vivamente. Las dos hermanas Westbrook lo miraban furiosas, como a un culpable de inteligencia con el enemigo.

Eliza dijo al oído de Hogg:

—Si Ud. supiera cuán sucia es no se le acercaría...



Pero llegó la hora en que fué necesario embarcar las maletas de la desterrada y las mujeres de la casa de Shelley lanzaron grandes gritos de alegría.

#### XIV

Los meses siguientes a la partida de miss Hitchener fueron muy felices. Los Shelley seguían siendo pobres y vagabundos; pero una grande alegría interior les compensaba la miseria. Shelley había emprendido un largo poema «La Reina Mab» y la obra inconclusa le parecía una razón suficiente para vivir. Harriet estaba en cinta; reservaba todas sus fuerzas para la criatura y se consolaba de su inacción con el sentimiento de su actividad interna.

Durante este período habitaron con intermitencias en Gales e Irlanda, esta vez sin propósitos políticos. Por complacer a Shelley, Harriet aprendía latín, que su marido le enseñaba a su manera, sin Gramática ni Diccionario, haciéndola leer a Horacio y Virgilio. Mientras ella estudiaba, él leía libros de Historia o escribía cartas a los liberales procesados por sus opiniones, ofreciéndoles pagar la multa o afianzarlos. Y como nunca tenía dinero lo pedía prestado al cuatrocientos por ciento.

Hubieron de volver a Londres para el nacimiento del niño. Además, Shelley iba a cumplir 21 años y podía tratar de reconciliarse con su padre. Eliza, sobre todo, lo exigía:

—Si fueras más diestra—decíale a Harriet—ya hubieras conseguido muchas cosas. Vais a tener un hijo y no podéis seguir viviendo al azar. Necesitáis vuestra casa en Londres, vuestra vagilla de plata, vuestro carruaje.

Harriet la escuchaba con interés. Era encantadora y lo sabía. Una mujer bonita soporta tan mal la vida sin lujo como el hombre inteligente un puesto subalterno. Las miradas de los transeuntes le dicen su poder. Sabe que este poder es por esencia transitorio y como una nación armada y fuerte procura asegurarse su sitio en el mundo antes de licenciar las tropas, la mujer quiere tratar con el sexo enemigo antes que la invasora pesadez de los años le imponga una resignación pacífica. Además Eliza compadecía a Harriet y es tan natural compadecerse de su propio destino que la felicidad más sólida puede caer luego envenenada por la pèrfida compasión de un tonto.

Instigado por Harriet, Shelley tentó una nueva reconciliación con su padre, mediante el duque de Norfolk, siempre benévolo. Por desgracia Mr. Timothy no podía triunfar sin estrépito y exigió de su hijo que se retractara públicamente, ante las autoridades de Oxford, de sus errores teológicos. Shelley rehusó, con grande escándalo de Eliza.

Para consolarse de los disgustos que le daban en su hogar, tenía Shelley varias casas amigas: la de Godwin, donde Fanny y Jane lo acogían siempre entusiastas, la de Newton, en la que hallaba afecto inteligente, modales suaves y refinados. Mrs. Newton, gran música, tocaba el piano, mientras Shelley, sentado en el suelo con los niños, les contaba cuentos de fantasmas. Con frecuencia la visitaba también su hermana, Mme. de Boinville, educada en Francia, mujer de un



emigrado amigo de Chénier y La Fayette. Tenía los cabellos blancos, pero el rostro tan infantil, animado y moderno que causaba más gusto hablar con ella que con una joven. Por primera vez Shelley halló una mujer digna de su inteligencia y pensó que todas las que había conocido antes eran despreciables.

Viviendo en compañía de Harriet, habíase acostumbrado a considerar a las mujeres como niños y se asombraba de que a Mme. de Boinville no hubiera que darle las ideas en confites y aun de que, capaz de entenderlo todo, supiera añadirles a los pensamientos no sé qué elegante precisión que los hacía más bellos y más naturales.

Para las mujeres el descubrimiento de Shelley no era menos curioso. Aquel adolescente tan hermoso y de alta alcurnia amaba las ideas con un ardor increíble. Jamás habían visto un hombre menos egoísta y más generoso. Y mostraba al mismo tiempo esa fácil confianza, ese desprecio de toda ceremonia junto con la perfecta política que da tanto encanto a los jóvenes aristócratas ingleses. ¿Qué más encantador?—se decían. Un santo que es un hombre de mundo.

Hogg miraba con ligerísima e irónica rivalidad las sabias maniobras de tantas mujeres bonitas alrededor de su cándido amigo. En casa de los Godwin lo llamaban el Rey de los Elfos, en casa de los Newton, el Príncipe de las Hadas. En cuanto aparecía, agrupábanse en torno suyo. Pero el Rey de los Elfos tenía raros caprichos, temores súbitos, locos terrores. A veces una visión poética lo retenía a la hora justa en que lo esperaban para el té; a veces, cuando ya lo juzgaban sumiso, un deber imaginario lo reclamaba no se sabía dónde.

—Hay países—decíale Hogg—donde se cree que las cabras, animales diabólicos, pasan doce horas al día en el infierno. Yo creo que tu eres como ellas, Shelley.

En cambio, cuando una mujer según su corazón lograba cogerlo en una de esas conversaciones serias y animadas que le gustaban tanto, olvidaba la hora y su propia existencia. Pasaba la noche y Shelley seguía hablando, ardientemente, Adonis rodeado de un círculo de sacerdotisas emocionadas. El alba lo veía aún así y como era demasiado tarde para acostarse, un paseo por el rocío terminaba la velada.

—Pero ¿qué diablo le dices a tus beldades?—preguntábale Hogg.

—No lo sé.

También se lo preguntaba Harriet, cuyo estado no le permitía salir y que pasaba sola días enteros. Sentíase impopular en las casas donde recibían a Percy. Donde los Godwin había reñido con Mrs. Godwin. Donde los Boinville la habían hallado primero encantadora, porque era bonita y mujer de un poeta; pero luego habían advertido su evidente mediocridad.

## XV

El hijo fué una niña rubia de ojos azules. Su padre la bautizó Ianthe; su madre agregó Elisabeth; y así Ovidio y miss Westbrook se juntaron sobre esa cuna. Shelley paseaba a la chica en los brazos, cantándole las canciones más desentonadas del mundo. La idea de educar a un nuevo ser, a quien podría librar de los



«prejuicios» desde la infancia, resultábale agradabilísima. Admirador de Rousseau, esperaba que Harriet criaría a su hija; pero Harriet, aconsejada por Eliza, tomó un ama, una «mercenaria», como decía Shelley.

Un curioso cambio se había operado en Harriet después del nacimiento de la niña: como si quisiera recuperar el tiempo perdido durante el embarazo, sólo aspiraba a pasear por las calles de Londres y detenerse ante las vidrieras de los modistos y los joyeros. A Shelley, semejante espectáculo le parecía escandaloso e ininteligible. No rehusaba costear las fantasías «razonables» de su mujer, aun al precio de empréstitos usurarios; pero distraer en cintas y fruslerías el dinero tan necesario a los escritores perseguidos por causas justas era, a su juicio, una vergüenza y no ocultaba su desagrado.

Eliza no opinaba lo mismo:

—Tu marido—decíale a Harriet—tiene dinero para las deudas de ese Godwin, que nos recibe mal y no quiere darte para tus vestidos. Si le extraña que te guste arreglarte a los dieciocho años es un tonto y un cuáquero.

Y Harriet le encontraba razón. El latín y la filosofía le costaban un gran esfuerzo: lo realizó sin sacrificio, porque amaba; pero al encontrarse en medio de las tiendas y la pequeña chismografía volvía a sentirse en su elemento, como le sucedía a Shelley en casa de los Newton y las Boinville. El placer espontáneo y vivo que experimentaba hacía contraste con el doloroso empeño de sus lecciones.

Pensó Shelley que Londres y sus tentaciones tenían la culpa y quiso volver a los sitios donde se habían amado más. Mandó enganchar el famoso carruaje de Harriet, pidió prestadas quinientas libras, mediante un pagaré por dos mil, y en compañía de Eliza se fueron a Edimburgo. La vida animada y cambiante del viaje les hizo olvidar sus resentimientos; pero en cuanto regresaron a Londres las discusiones se reanudaron más agrias. Harriet y Eliza exigieron una buena casa, vida elegante, relaciones encumbradas. Shelley, más que todo eso, detestaba la idea de que su mujer las deseara. Fugitivos relámpagos de menosprecio cruzaban su amor, aun vivo.

Hogg los visitó y halló a Harriet más linda y más rosada que nunca; pero ya no leía el Telémaco: le pidió que la acompañara donde la modista. Allí desapareció, dejándolo en la calle. Le pareció frívola y aburridora y así lo dió a entender a Shelley, quien no hizo misterio de sus decepciones. El matrimonio entraba por el peligroso camino de las confidencias a extraños.

• • •

(Continuaré)